

Insólita realidad

Diana Patricia Díaz Hernández



5

Esta jauría de gallinazos no se aparta de mi niño. Lo enterré bien abrigadito a la sombra del guayabo, pero hasta allá llegaron esos chulos infelices. ¡Están haciendo un festín con su cuerpito! Veinte días hace ya que me tomé el brebaje que me dio misiá Dolores, y ella sí que es buena para eso, conoce todos los secretos sobre los males de mujeres. Tres noches de horribles pesadillas. ¡Mi niño! ¡ese pobre angelito!, yo no quería hacerle eso, pero no encontré otra salida. Ya es suficiente con doce bocas aguantando hambre, para traer otro más a sufrir en este mundo de pobreza. Luego vinieron los sangrados; más me demoraba en ponerme un trapo viejo entre las piernas que en tener que cambiarlo nuevamente. ¡Pobre mi ERMELINDA!, tan pequeña y ya enfrentada a los

quehaceres de la casa, cuidando con tanto esmero a esa sarta de hermanitos que no paran de llorar. Sé que ella sufre sin entender lo que me pasa. Debo asustar con esta piel tan pálida y esta flacura lastimera. Sólo sobresalen un par de tetas que parece que se estallan.

Estos malditos gallinazos fueron los responsables de avisar a los vecinos que por acá había algo maloliente. Desde la ventana los veo husmeando por el rancho, porque para chismes sí están listos. Así fue cuando me dejó el Antonio –se fue con la otra después de que me preñó cuantas veces quiso, y es que esa está más tierna y alentada–, a veces solos o en corrillo llegaban a mi casa; según ellos, para darme ánimos, o traerme

un cuarto de panela y unos panes para dar de comer a mis chiquillos, pero lo que realmente les interesaba eran los detalles sobre la partida del Antonio. Pronto se olvidaron de que mis niños tienen hambre y que el pago por mi trabajo no alcanza para tantos.

Estos perversos gallinazos parecen una nube negra, segurito fueron los culpables de que el matasanos del pueblo se apareciera con la disculpita de mirar mi estado de salud. ¡Me cree tonta! ¡Cuántas veces le lloré para que viniera a ver a mi Carlitos en los días en que casi muere de la peste!, pero le importaba más su mula fina: dizque se le podía torcer una pata en los lodazales de Morro-gordo. ¡No, pues, tan fino que nos salió el corcel! Y ahora resulta que se digna subir por estos lares. Segurito, el alcalde le dio la orden. Ya le debieron haber llegado con el cuento de unos gallinazos rondando por el rancho.



caer la tarde, no valieron gritos, llantos y súplicas, partieron de regreso al pueblo con mi niño metido en un costal.

Estos asquerosos gallinazos se multiplican por montones y ya trajeron al mayor de todos, ¡ese cura párroco! Por acá se apareció esta semana diciendo que la caridad divina venía hacia nosotros. ¿Cuál caridad? Ese cura es una arpía, con el sermoncito de dar la limosna para las obras de Dios nos quita lo poco que ganamos. En compañía de la maestra de la escuela se llevaron a mis hijos, fueron arrancados de mis brazos, asegurando que los iban a cuidar mientras yo me recuperaba de ese parto malogrado.

Estos inmundos gallinazos me van a enloquecer con su revoloteo. Ya no respetan ni siquiera el rancho, entran por montones y me destrozan con sus afilados picos.

Diana Patricia Díaz Hernández es médica de profesión, profesora por vocación y apasionada de la historia como diversión. Docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.